Giordano Bruno

Fuego en el Alma y Alma en el Fuego



MANUEL CAMPUZANO ARRIBAS

Vision Libros

GIORDANO BRUNO

FUEGO EN EL ALMA Y ALMA EN EL FUEGO

MANUEL CAMPUZANO ARRIBAS

GIORDANO BRUNO

FUEGO EN EL ALMA Y ALMA EN EL FUEGO

Visión Libros

© Obra: GIORDANO BRUNO. FUEGO EN EL ALMA Y ALMA EN EL FUEGO

Primera edición: 2013

© Autor: Manuel Campuzano Arribas

ISBN: 978-84-15965-60-2

Maquetación y diseño por Grupo Editor Vision Net

© Editado por VISION LIBROS www.visionlibros.com

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.
C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid. España.
Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@visionnet.es
www.visionnet-libros.com

Disponible en librerías físicas y online.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del *copyright*.

A mis hijas Lucía y Marina.

Índice

Prólogo……..……....13

Capítulo 1: Giordano Bruno y su época.…… 17

21 De la Reforma y Contrarreforma

30 De la celestización de la Tierra

Capítulo 2: Filippo Bruno Savolino……....39

Capítulo 3: Exilio y obra de Bruno.....……...45

Capítulo 4: Regreso a Venecia..……....67

Capítulo 5: Proceso veneciano de Bruno.....79

Capítulo 6: Proceso romano de Bruno……101

Capítulo 7: Sentencia y condena de Bruno……..131

Capítulo 8: La Iglesia frente a Bruno……...143

143 La obstinación de un hereje

149 La más abominable de las herejías

163 Una repudiable condena

Epílogo……173

Notas……....177

Bibliografía…….....225

El cuerpo está en el alma, el alma en el intelecto, el intelecto en la mente y no al revés. Debes entonces pensar el ascenso y el descenso del espíritu según la imagen de una rueda, en la que vemos que ciertas partes se mueven hacia abajo para que otras partes a la vez se muevan hacia lo alto, mientras el centro indivisible y absoluto de la rueda está en calma... Tal es la naturaleza del alma, la que simultáneamente desciende a los entes inferiores para darles vida y asciende a los entes superiores para contemplarlos. Por la misma razón entendemos que el alma simultáneamente está como dispersa en la multitud y en la extensión de los entes con los que se comunica, y totalmente subsistente según un modo de ser más verdadero y casi como esencia indivisa dentro del principio del cual deriva.

Giordano Bruno, *La lámpara de las treinta estatuas*

Prólogo

Giordano Bruno
Fuego en el alma y alma en el fuego

Giordano Bruno es una de esas figuras históricas que, no sólo fascina por su inteligencia y erudición, sino también por su valor y determinación al dar a conocer su particular visión religiosa y filosófica dentro de una auténtica encrucijada de la evolución del pensamiento humano. En un período en que la ciencia moderna estaba apenas empezando a emerger, sus entusiastas polémicas ganaron la admiración de los pensadores más avanzados del Renacimiento, así como la aversión de una Iglesia cuya autoridad era sacudida hasta sus propios cimientos en el torbellino de la Reforma.

Genio visionario, Bruno choca con los católicos, calvinistas y luteranos, así como también con los humanistas defensores del aristotelismo y con los científicos con los que confrontará su idea de los infinitos mundos. Hizo de su vida una aventura radical y, a la vez, consecuente con su

atrevido y misterioso pensamiento. A la luz de su intelecto militante nos dejó buen número de obras, cuyo contenido, en gran parte de ellas, proyectaría un fuego transformador que pronto sería calificado como herético. La mayor parte de tales obras, escritas a lo largo de su vida errante por distintos países de Europa, serían objeto de análisis por parte del Santo Oficio, una vez que Bruno fuera entregado a la Inquisición veneciana en mayo de 1592, y posteriormente, a la Inquisición romana en enero de 1593. Después de padecer casi ocho años de encarcelamiento y repetidas torturas sería condenado y quemado vivo en una pira.

Los registros de su proceso no se han conservado completos y existen documentos que todavía no han sido dados a conocer por la Iglesia. Entre 1844 y 1848, casi doscientos cincuenta años después de la ejecución de Giordano Bruno, se descubrieron en los Archivos del Vaticano las actas del juicio veneciano y un fragmento del procedimiento romano.[1] Tales documentos fueron publicados por primera vez en 1849 como apéndice de un libro sobre el sistema heliocéntrico copernicano escrito por el estudioso Domenico Berti. Posteriormente, Berti escribiría la primera biografía de Bruno, *Vita di Giordano Bruno da Nola* (1868). Más adelante, ya en el siglo XX, en 1921 y 1933, fueron publicadas *Vita di Giordano Bruno* y *Documenti della vita di Giordano Bruno,* obras basadas en la misma documentación mencionada y atribuidas respectivamente a Vittore Spampanato y Giovanni Gentile.

Cuando parecía imposible disponer de mayor información sobre el proceso de Giordano Bruno, el cardenal Angelo Mercati[2] publicó en 1942, con el título *Sommario del processo di Giordano Bruno*, el informe más detallado

sobre los procedimientos seguidos contra Bruno además de la argumentación de éste junto a la réplica de sus inquisidores y la sentencia final dictada contra él. A pesar de que tales documentos sólo detallan las comparecencias de Bruno ante la Inquisición en Roma entre 1597 y su ejecución en febrero de 1600, revelando muy poco acerca de los seis primeros años de su encarcelamiento, el *Sommario* de Mercati fue la mejor referencia procesal de Bruno hasta que, la obra del estudioso Luigi Firpo[3], *Il proceso di Giordano Bruno,* publicada *en* 1993, se revelase como el más completo referente al respecto. Es por ello por lo que, a lo largo de la exposición que se hace en este libro, tal referencial sea objeto de una especial atención.

¿Por qué fue doblemente procesado por la Inquisición Giordano Bruno? ¿Qué aspectos de su pensamiento se revelaron claramente como heréticos? Habiendo mostrado disposición a la abjuración, en un principio, ¿por qué se negó posteriormente a llevarla a cabo? ¿Por qué fue declarado "hereje impenitente, tenaz y obstinado"? ¿Por qué su visión cosmológica conllevó la más abominable de las herejías? ¿Por qué, a diferencia de Galileo Galilei, no ha sido rehabilitado por parte de la Iglesia?

Este libro trata de responder a tales interrogantes, después de analizar aquellos aspectos de la obra bruniana que, habiéndose tratado en el proceso, constituyó el basamento nuclear para que fuera considerado incurso en herejía y, a falta de disposición suya para el arrepentimiento, condenado a ser quemado vivo de acuerdo con la "legalidad" vigente de la época en que vivió Giordano Bruno. Si bien su arrepentimiento le hubiera salvado de las llamas, su renuencia a ello convirtió su muerte en el acto heroico

que dio paso a la leyenda del "heraldo del librepensamiento", del héroe sublime de una humanidad resuelta a reivindicar y defender el derecho a pensar de acuerdo con una razón autónoma y meramente filosófica.

Su condena también se extendió a toda su obra filosófica: todos los libros que cayeron en manos del Santo Oficio fueron destruidos públicamente y quemados en la plaza de San Pedro, además de ser incluidos en el Índice de Libros Prohibidos. Ninguna de sus obras fue reeditada o traducida antes del siglo XVIII. Afortunadamente para el campo de la historia del pensamiento, el progresivo incremento de estudios y ensayos sobre el legado bruniano, nos permite valorar actualmente a Giordano Bruno, cada vez más, en su justa dimensión. Valga pues, desde la aproximación histórica al proceso penal incoado contra él, la exposición que sigue como una modesta contribución más en el esclarecimiento de las dimensiones teológicas de la "herejía" subyacente en el pensamiento de Giordano Bruno.

Capítulo 1

Giordano Bruno y su época

Giordano Bruno es una de las figuras más atrayentes y polémicas de la filosofía de todos los tiempos. Hombre de gran cultura, de extraordinaria memoria y de ingenio fascinante, rompe todos los esquemas de época: no pertenece a ninguna escuela. Fue de un espíritu rebelde, indómito, viajero incansable, inquieto y batallador contra la intolerancia y superstición de una época que comenzaba a dejar atrás el oscurantismo que predominó a lo largo de toda la Edad Media. De mente inquieta e inteligencia sobresaliente, Bruno se nos presenta como uno de esos gigantes de la revolución que para la humanidad representó el Renacimiento[4], época que nos evoca el filósofo Engels, en la introducción a su inconclusa *Dialéctica de la Naturaleza*, como "la mayor revolución progresista que la humanidad haya alguna vez experimentado":

> «Fue la mayor revolución progresista que la humanidad haya alguna vez experimentado, una época que demandó gigantes y produjo gigantes ─gigantes con poder de pensamiento, de pasión y carácter, de universalidad y erudición─. Los hombres que fundaron las reglas de la burguesía moderna tenían todo menos limitaciones burguesas. Por el contrario, el carácter aventurero de la época los inspiró en mayor o menor grado. Difícilmente había algún hombre de importancia entonces que no hubiera viajado mucho, que no hablara cuatro o cinco idiomas, que no brillara en numerosos campos...
>
> »En aquella época la ciencia natural también se desarrolló en el centro de la revolución general y era en sí misma profundamente revolucionaria; de hecho, tenía que ganar luchando el derecho de existencia. Pie a pie con los grandes italianos de quienes la filosofía moderna data, proporcionó sus mártires para la hoguera y los calabozos de la Inquisición. Y es característica de los protestantes la supremacía sobre los católicos en la persecución a la libre investigación de la naturaleza. Calvino hizo quemar a Servetus en la hoguera cuando este último estaba a punto de descubrir la circulación de la sangre, y lo mantuvo quemándose vivo durante dos horas; por lo menos a la Inquisición le bastó con quemar vivo a Giordano Bruno».

Esta “revolución progresista” que supuso el Renacimiento se forja y se hace realidad cuando el hombre centra toda su actividad en el hombre como tal, con una libertad de espíritu que le conducirá a la libertad de pensamiento, el culto a la vida y el amor a la naturaleza; cuando surge el concepto de un hombre universal e individualista que se distingue por sus talentos y su vitalidad, así como por una

gran curiosidad que lo lleva no sólo a la busca de continentes, sino también en busca de la verdad científica con la que trata de profundizar en sus aplicaciones y fundamentos a la vez que es consciente de su capacidad para enfrentarse a la naturaleza como un objeto, a construir modelos y a contrastar su validez recurriendo a la experimentación: se supone, por tanto, la existencia de un sujeto que posee una capacidad argumentativa, y una estructura cognoscitiva que le permite enlazar los aspectos materiales y los intelectuales. Es un intelectual comprometido en las luchas de la época, que denuncia situaciones socio-económico-políticas injustas, y que nos presenta, a su vez, modelos utópicos de convivencia o de organización social. El hombre aparece como autor de su propio destino[5] por medio de su trabajo y la fortaleza de su voluntad, capaz de dominar el destino, capaz de darse a sí mismo un destino desde su propia dignidad, una dignidad cuya importancia nos señala Leonardo da Vinci como uno de los rasgos típicos del Renacimiento: «El hombre es el modelo del cosmos», dirá en una frase de grandiosidad épica[6].

Alrededor de este "nuevo hombre" se irá conformando un entorno caracterizado, en el plano político, por la paulatina decadencia del feudalismo en aras del surgimiento de ciudades fuertes y naciones poderosas; en el plano económico, por la generación de una gran riqueza a tenor de los descubrimientos geográficos y a la subsiguiente vitalidad del comercio internacional; en el terreno científico, el hombre trata de consolidar y desarrollar el proceso científico, cuyas raíces se hunden en la baja Edad Media, preparando el camino para que, mediante la conjunción de las matemáticas, la experimentación y el control experimental,

se abran de par en par los portalones de acceso a la ciencia moderna; en el plano de la literatura, arquitectura, escultura y pintura, se toma el mundo clásico como estímulo y modelo, dentro de una dinámica social que no tiene nada que ver con la fijeza del mundo antiguo; en el plano de la filosofía, el pensamiento, considerado como humanista[7], se caracteriza por considerar al hombre como punto central y no a Dios y al cristianismo como así se consideraba en la Edad Media, dado que el principal objetivo de la filosofía medieval era justificar la existencia de Dios.

Durante el Renacimiento se produjo un cambio en la actitud del hombre frente al mundo. Filósofos, científicos, literatos y políticos consideraron que el pasado greco-latino era la perfección en materia de creación humana y buscaron en él elementos que los ayudaran a comprender el mundo y, al mismo tiempo, comprenderse a sí mismos. Tal cambio de actitud conllevó nuevas ópticas de percepción de la realidad religiosa, dando lugar a diversas reformas y/o transformaciones de las que merece especial atención la que tiene lugar en el mundo de la cristiandad como consecuencia de la profunda crisis que, hombres como Lutero y Calvino, en unión a tantos precursores y continuadores, promovieron con sus ideas y actitudes frente a la doctrina observada por la Iglesia de Roma. Ello condujo a la reforma de una Iglesia que tanto tenía que reformar y que respondería con su propia Contrarreforma a la Reforma protestante. Se trataba así de dar respuesta a la angustia religiosa que tan extendida estaba a finales del siglo XV y que hundía sus raíces en el desarrollo de la sociedad cristiana de siglos anteriores.

La situación confesional de la Iglesia que se fragua desde y a partir de la Reforma, en unión a la especial significación que tuvo el gran descubrimiento del sabio polaco Nicolás Copérnico (1473-1543), que lo condujo a la formulación de la concepción heliocéntrica sobre el universo, son circunstancias que guardan una especial relación con el pensamiento y la tragedia de la vida personal de Giordano Bruno, hombre arquetipo del Renacimiento. Es por ello por lo que resultará esclarecedor abundar en las mismas para tratar de comprender mejor las fuerzas impulsoras de su azarosa vida en unión a su desgraciado y lamentable final.

De la Reforma y Contrarreforma

El hombre europeo de aquellos momentos, ya fuera pobre aldeano, herrero o aristócrata, no era un hombre sin fe; muy al contrario: su fe era profunda y estaba plenamente insertada en el universo de representaciones del cristianismo tradicional. Todos tenían la firme convicción de que sus creencias eran las de sus padres, la de sus abuelos, la de sus bisabuelos, y nada, absolutamente nada debía quebrantar esa línea ininterrumpida que le había transmitido el cristianismo. Aquellos hombres vivían muy preocupados, incluso obsesionados, por el pecado, por la presencia o el próximo advenimiento del Anticristo; por el castigo divino y por el trance de la muerte y las postrimerías que habrían de enfrentarle ante Dios juez. No obstante, este hombre no encontraba alivio en el clero, un clero muy desprestigiado, ni en unos oficios religiosos dichos en latín, que era ya una lengua ininteligible para la mayor parte de

la población. La gente del pueblo insiste en una religión popular, sencilla, hecha de devociones a santos y vírgenes, de rosarios y peregrinaciones. La imagen que ofrecía la Iglesia indignaba a muchos cristianos, que no podían aceptar prácticas como la compraventa de cargos eclesiásticos, el lujo de los papas, que se comportaban como príncipes renacentistas, la vida relajada de los clérigos y su escasa preparación.

Una primer intento de responder a tal problemática religiosa fue proporcionado por el Humanismo a través de su optimismo en la concepción del sujeto humano natural (con el consiguiente paso a segundo plano del pecado original), su voluntad de concordia con la cultura clásica, su concepción eminentemente ética de la religión (y, en concreto del cristianismo), en unión a su perspectiva racionalista y crítica opuesta al pensamiento dogmático. Con un espíritu conciliador muy marcado por este Humanismo renacentista, incluso en su forma cultural y mental, surgió un movimiento que pretendía reformar la Iglesia sin separarse de ella. Es lo que se ha podido llamar la *philosophia Christi,* que tuvo su figura más famosa en Desiderio Erasmo de Rotterdam (1469-1536). Se pretendía con ella la restauración del cristianismo auténtico (el evangelismo) como culminación de la tradición filosófica pagana, no como una teología dogmática y dialéctica sino como una filosofía, una ética o forma de vida claramente formulada por Cristo en el Evangelio. Ser cristiano es, por lo tanto, esforzarse por imitar a Cristo en la vida cotidiana y en las relaciones interhumanas; es una ética cuyos principios básicos son la caridad y el amor al prójimo.

Erasmo insistió en la interiorización de la religión; atacó la ignorancia y superstición de los frailes, aunque él era un religioso; centró la perfección cristiana en el cumplimiento de los mandamientos; fomentó los estudios bíblicos y patrísticos como base para una mejor comprensión de la palabra de Dios, además de renovar la predicación y la catequesis. Durante dos décadas, Erasmo fue la cabeza conductora de un moderno espíritu doctrinario, pero no revolucionario, abierto benevolentemente a todos, pero discretamente minoritario. Su persona es reconocida, por detractores y admiradores, como supremo representante del Humanismo y de las exigencias y aspiraciones de una reforma del cristianismo desde una concepción optimista de Dios, del hombre y de la relación entre ambos: Dios es benévolo y su benevolencia se muestra en Cristo y en la gracia que concede. Esta gracia puede ser propiciada por las buenas obras: la praxis, posible al hombre por su bondad natural a tenor de su vinculación con Dios como miembro vivo de Jesucristo[8].

De todas las obras que escribió Erasmo fue su sorprendente *Paráfrasis del Nuevo Testamento* la que causó mayor impacto en la sociedad renacentista. Utilizando un lenguaje sencillo y popular, puso al alcance de cualquiera que supiese leer, los contenidos completos de los Evangelios, profundizando con precisión incluso en sus ideas más complejas. Tal obra, fue objeto de una especial atención por parte de Martín Lutero[9], quien, en 1522, seis años después de que la publicara Erasmo, procedería a traducirla, por primera vez, al alemán. Lutero gritó a los cuatro vientos que el trabajo de Erasmo le había ayudado a ver la verdad, por lo que la mirada de la Iglesia comenzó a caer sobre